

# Carentes y desiguales en la narrativa cubana contemporánea para niños y jóvenes\*

## The conditions of emergence of scarcity and inequality in fictional prose for children and young people

Denise Ocampo Álvarez\*\*

Fecha de recepción: 09/01/2013

Fecha de aceptación 26/04/2013

### Resumen

El presente texto expone las condiciones de emergencia de la carencia material y la desigualdad social como temas en la narrativa infantil y juvenil publicada en Cuba en el periodo 1959-2012. El análisis documental y bibliográfico y la interpretación crítica, desde los estudios culturales y el análisis del discurso, mostraron cómo se conforma un escenario en que —dados los principios sustentados por el Estado cubano con relación a la pobreza y la desigualdad, así como el discurso y las medidas diseñadas al respecto—en la interrelación de los contextos internacional y nacional, se produce una situación social que enriquece el imaginario colectivo sobre dichos fenómenos. Este imaginario, en el que inciden diversos aspectos de la construcción social de la niñez y la juventud, converge en la creación de narrativa infantil y juvenil, creación que será socializada según se ajuste a las políticas culturales y editoriales.

**Palabras clave:** narrativa infantil y juvenil, carencia material, desigualdad social

### Abstract

This article shows the conditions of emergence of scarcity and inequality in fictional prose for children and young people, published in Cuba from 1959 to 2012. From the outlooks of cultural studies and discourse analysis, and through critical interpretation of bibliographic and documental sources, it is shown how Cuban social construction of scarcity and inequality results from the impact in social reality of the discourse and measures implemented by the State according to its principles and goals about those phenomena, being the domestic and international contexts interrelated. Such construction, as combined with diverse aspects of social ideals of childhood and youth, will lead to the creation of prose with these topics. In turn, the works will succeed to be published if they match cultural and editorial politics.

**Key words:** fictional prose for children and young people, scarcity, social inequality.

---

\* El presente trabajo expone los resultados de la investigación *Carencia material, desigualdad social y exclusión en la narrativa cubana para niños y jóvenes (1959-2012)*, realizada en el marco de la Cátedra Latinoamericana y Caribeña de Lectura y Escritura, del Comité Cubano de la Organización Internacional del Libro Infantil y Juvenil (IBBY por sus siglas en inglés), del 14 de enero al 14 de junio de 2013.

\*\* Investigadora del Instituto de Literatura y Lingüística, Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente, Cuba. Máster en Lingüística Aplicada, mención de Semántica e Ideografía, por la Facultad de Lenguas Extranjeras de la Universidad de La Habana. Correo electrónico: docampo@cubarte.cult.cu

Según consta en la *Historia de la Literatura Cubana*, desde el triunfo de la Revolución (1959) a finales de los años ochenta del siglo XX, la realidad de las generaciones más jóvenes se aborda en algunas obras destinadas a ellas, pero este corpus se ha distinguido, sobre todo, por focalizar el mundo de los animales y/o un entorno social idealizado (López y Pérez, 2008, pp. 529-530). Sin embargo, a partir de la década de los noventa, la realidad, con sus aspectos más neurálgicos, aflora una y otra vez a la producción editorial para niños y jóvenes (Cabrera, 2008, pp. 666-673).

El presente texto resulta de la investigación «Carencia material, desigualdad social y exclusión en la narrativa cubana para niños y jóvenes» (1959-2012), con vistas a modelar las condiciones de emergencia de la publicación de narrativa infantil y juvenil (en lo adelante, NIJ) en el periodo señalado. Este estudio, cuyas estrategias apuntaron al análisis documental y bibliográfico y a la interpretación crítica, desde los estudios culturales y el análisis del discurso, parte del presupuesto de que abordar diacrónica y sincrónicamente la producción literaria en su contexto nos permite entenderla como praxis sociocultural y asociar la emergencia, regularidades y peculiaridades de los temas indagados, en sus relaciones con un entorno mutable a lo largo del tiempo y que, a su vez, genera o propone determinados condicionamientos para la creación.

### **Breve marco referencial de la carencia material y la desigualdad social, como formas de exclusión**

La exclusión, vista como privación de alguien o algo, se encuentra en la base de una de las fórmulas más repetidas desde los orígenes de lo considerado como literatura infantil y juvenil (en lo adelante LIJ): «la del preterido afortunado —la muchacha pobre que se convierte en reina, el muchacho campesino que ingresa a la nobleza—, que tiende a resolver imaginativamente la contradicción riqueza-pobreza, los antagonismos de clase insalvables dentro del orden social existente» (Rodríguez Rivera, 1985, p. 71). A lo largo del tiempo, en la LIJ la exclusión ha adoptado diferentes formas, desde privaciones que pueden considerarse pueriles (carencia de un juguete deseado) hasta la ausencia de las condiciones de posibilidad de las más elementales necesidades.

Desde las ciencias sociales, la exclusión social se entiende como un proceso multidimensional que agrupa, a su vez, otros procesos muy diversos y, en

muchos casos, aparentemente inconexos. Ligada en sus inicios a problemáticas como el empleo precario, el subempleo, la inserción económica, política y cultural de los inmigrantes y la desintegración social producto de diferencias étnicas, la categoría exclusión ha ido incorporando cuestiones como el acceso a la educación, a la salud, a los servicios, a la seguridad social, las políticas públicas, la pobreza, la desigualdad, la marginalidad, los derechos, la discriminación religiosa, racial o por la orientación sexual, la participación y la ciudadanía, entre otros. Se afirma que, por tener límites tan difícilmente precisables, su campo de estudios no ha logrado avanzar hacia una profunda elaboración teórica y se mantiene insuficientemente explorado (Padrón, 2007).

En su relación con la exclusión, la pobreza debe entenderse como un conjunto de relaciones sociales de las cuales las personas quedan excluidas de participar, a partir de un patrón de la vida social. Estar excluido y limitado en la potencialidad de alcanzar y ejercer ciertos derechos, supone una posición desventajosa para alcanzar determinados bienes y servicios y la dificultad de disfrutar o de acceder a oportunidades, relaciones o derechos que otros sí poseen (Padrón, 2007). Pero también se trata de reconocimiento y autoreconocimiento social, donde son fundamentales la imagen que cada quien tiene de sí mismo y sus capacidades y oportunidades, y esto, tomando como referencia las condiciones de vida consideradas como un «deber ser».

Como se puede observar, pobreza y exclusión no son equivalentes, pues la segunda abarca, además, otros procesos en los que se produce privación de bienes, accesos, derechos. Es necesario aclarar que este trabajo no aborda la exclusión en sus múltiples dimensiones, sino la carencia material y la desigualdad social, en todo caso, en su relación con otras aristas de la exclusión. En lugar de la categoría pobreza, se ha preferido la de carencia, por permitir un rango más flexible para incluir gradaciones de las condiciones materiales (desde la vulnerabilidad hasta la total privación), con los matices subjetivos que las acompañan (asociados al reconocimiento, el autoreconocimiento y la asunción de paradigmas o referencias).

En la presente investigación se ha asumido la vulnerabilidad material como la situación en que «personas y hogares se encuentran en una condición límite en cuanto a sus posibilidades de satisfacción de necesidades, con muy baja capacidad para enfrentar cambios y eventualidades que, de producirse, los situarían inmediatamente en la pobreza» (Espina, 2008, p. 177). La carencia material se asocia con la privación de bienes, servicios y re-

laciones asociadas, reconocida por el sujeto que padece la insatisfacción. La desigualdad social se ubica dentro del campo de la carencia relativa, donde un sujeto valora su situación en comparación con la de otros sujetos que tienen garantizadas determinadas condiciones.

Para el caso cubano en la época actual, asumiremos la propuesta de la socióloga Mayra Espina (2008), quien presenta un perfil de los grupos sociales afectados por alguna tendencia de exclusión, sin capacidad para integrarse de forma individual, y a los cuales el sistema social tampoco tiene totalmente la capacidad de integrar. Este perfil general, aclara Espina, en oposición a una concepción uniforme de la pobreza, intenta dar cuenta de una diversidad y, al mismo tiempo, de los puntos de contacto y articulación de la configuración de las desventajas sociales (Espina, 2008). Tendremos en cuenta, además, aportes de María del Carmen Zabala (2010), quien define para las familias perfiles de vulnerabilidad que en mucho coinciden con la caracterización de Espina (2008): ambas especialistas cubanas señalan familias extendidas en un número superior a la media, hogares con ancianos, niveles altos de fecundidad, familias monoparentales de jefatura femenina sin apoyo paterno, vivienda precaria, reproducción generacional de las desventajas (incluidas las relativas a la raza y al género), etc.

La caracterización se acompaña, en el trabajo de Espina, de una descripción del perfil subjetivo de los pobres, que en buena medida se reconocen a sí mismos como grupo en desventaja, con escasas posibilidades de mejoría, que desde sus puntos de vista dependen de cambios generales en la situación nacional. Muchos también se auto perciben en una situación económica más desfavorable que la de sus padres, aunque con mayor educación y acceso a bienes sociales. Estiman que alimentación, vivienda e ingresos son sus carencias principales. Utilizan los términos «rico» y «pobre» para referirse a la actual situación social, en contraste con la disminución de la frecuencia que en el uso ordinario habían experimentado estas palabras antes de la crisis de los noventa (Espina, 2008).

### **Emergencia de la carencia material y la desigualdad social en la NIJ 1959-2012**

Cuando en 1959 triunfa la Revolución cubana, comenzaron en el país una serie de transformaciones orientadas a un modelo no capitalista de desarrollo nacional que, más tarde, se proclamaría socialista. Las tareas priorizadas entonces fueron la superación del capitalismo dependiente, la conformación de una econo-

mía centrada en la propiedad estatal, y la satisfacción de las demandas de los sectores populares. Se desplegó una política de integración y desarrollo social, con énfasis en el quiebre de las condiciones de reproducción de la pobreza y la apertura de canales de inclusión (Espina, 2008; Rodríguez, 2011). Los parámetros observados de equidad y no discriminación lograron que «las palabras pobreza y desigualdad, estuvieran desterradas de nuestro imaginario social» (Arés, 2010, p. 13).

Sin aquel pacto social de redistribución de la riqueza y extensiva apertura de oportunidades, no hubiera sido posible la radicalización acelerada del proyecto revolucionario, marcado, además por ser la primera revolución socialista de América, con toda la hostilidad que esto implicó por parte del gobierno de los Estados Unidos. No obstante, «[s]i tal mutación vertiginosa de las relaciones sociales contribuía a instituir los fundamentos de un nuevo orden, ello no bastaba para subvertir el signo cultural burgués y así impedir la reproducción de las formas dominantes capitalistas en la nueva Cuba» (Toirac, 2012, p. 59). La aceptación, por la dirección revolucionaria, de que era ineludible una transformación en la cultura puede reconocerse, sin ser el único ni el más temprano ejemplo, en la magnitud de la Campaña de Alfabetización (1961).

Este contexto, además de constituir un escenario propicio para solucionar la necesidad creciente de textos que apoyaran la iniciativa descolonizadora del proyecto cubano, estimulaba el reconocimiento de la función social del escritor, el libro y el lector (Gutiérrez, 1989, p. 29). Por su parte, el rápido aumento de la producción nacional de libros y los precios significativamente bajos a que estos se comercializaban, potenciaban el acceso a la lectura por parte de todos los ciudadanos (Laguardia, 2008, pp. 14-15), incluso desde mucho antes de la fundación, en 1967, del Instituto del Libro, institución que agruparía diferentes editoriales e instituciones relacionadas con el libro fundadas con anterioridad<sup>1</sup>, y que tendría entre sus propósitos el abasto de libros de texto para el sistema de educación a todos los niveles, promover obras de investigadores y científicos cubanos; trabajar en la formación de un lector cuyo nivel cultural está llamado a desarrollarse como parte del proyecto social, a través de la producción de libros de autores cubanos y extranjeros de todos los tiempos, con énfasis en una visión descolonizadora; potenciar el lector futuro, con una extensa oferta para niños y jóvenes (Rodríguez, 2005), reflejaba la visión de que una Revolución construida y

<sup>1</sup> Debe aclararse que desde el triunfo de la Revolución cubana todas la industria editorial es estatal.

protagonizada por jóvenes encontraría su relevo natural en las nuevas generaciones.

En los primeros años del proceso revolucionario no existió una política cultural estructurada y definida como tal. No obstante, prevalece el consenso acerca de que dicha política se encontraba contenida en el discurso «Palabras a los intelectuales», pronunciado por Fidel Castro en 1961 en la clausura de la serie de tres encuentros con las personalidades entonces consideradas más representativas de la cultura nacional, convocada para dar respuesta al clima general de inquietud y confusión con respecto a cómo la obra de los intelectuales se insertaría en el nuevo modelo social. A modo de principios rectores quedarían: el derecho a la libertad de expresión mientras no fuera en contra de la Revolución; el deber de estimular la creación artística y su comprensión; el deber de crear las condiciones para el desarrollo de toda tendencia artística, literaria, científica, etc.; el carácter constructivo de la crítica; la necesidad de un esfuerzo por parte de los artistas para, sin menoscabar el valor estético, llegar con sus creaciones al pueblo, renunciando solo a lo que fuera incorregiblemente contrarrevolucionario. La frase «dentro de la Revolución todo; contra la Revolución, nada» señalaría para creadores y tomadores de decisiones una frontera imprecisa cuyas interpretaciones radicales por estos últimos buscaría coartar a los primeros, creando un clima de agudas contradicciones y sanción contra una parte de quienes, aun con la Revolución, ejercían aquella libertad de creación que les había sido conferida (Chaple, 2008).

En sentido general, la LIJ cubana publicada en la Isla en 1959 y los años sesenta<sup>2</sup> se muestra como poseedora de una clara dicotomía. Por un lado, las publicaciones del Ministerio de Educación para uso curricular —de hecho, el libro de texto de lectura el que se considera el «principal portador» de la LIJ de esta etapa— y para bibliotecas escolares y de la Editora Juvenil. En estos proyectos era identificable la inclinación a la realidad social histórica o de la contemporaneidad (con un abanico de temas desde las campañas mambisas hasta las transformaciones socioeconómicas de la Cuba revolucionaria); la ausencia de obras cubanas que asumieran líneas fantásticas o imaginativas; el lenguaje llano con limitado espacio para el tropo; y el objetivo didáctico, a veces, incluso, manifiesto. Por otro lado, algunos

autores, aunque también exaltaran patrones éticos y lo nacional, asumían la escritura desde la parábola, la imaginación y el humor; o tendían a apelar a la fantasía, la ciencia-ficción, el absurdo, etc. (Rodríguez, 1996). En estos años, la carencia material y la desigualdad social solo aparecerían asociadas al pasado prerrevolucionario, tendencia que se mantendría aún por varias décadas.

En opinión del investigador José Antonio Gutiérrez, el despliegue cuantitativo que hacia fines de los sesenta e inicios de los setenta alcanzaron las áreas de la creación literaria y de la producción editorial, no siempre fue parejo con los valores artísticos (Gutiérrez, 1989, p. 46). Al problema del «predominio de la intención política», «la preocupación por los temas cotidianos aunque con un estilo realista en exceso» y «la ausencia de sublimación de la prosa a través de lo poético», apuntados por Gutiérrez, el crítico y profesor universitario Salvador Redonet añade que, con excepciones, en los años de 1959 a 1971 muchos textos ganan en intensidad testimonial o en su función instructiva, pero no logran una trascendencia temática (Redonet, 1989, p. 22).

Es relevante señalar, y no solo para este momento histórico sino como una regularidad a lo largo del tiempo, el papel determinante de editoriales y concursos como legitimadores de patrones. Buena parte de los autores, al procurar resultados exitosos, tiende a generar y someter al juicio de las editoriales o enviar a concursos obras que correspondan al perfil de lo que antes ha sido elegido. De esta manera, esas instituciones dan lugar, se lo propongan o no, a una especie de pauta para lo que los autores producen y les confían (ver Bourdieu, 1999). Asimismo, lo que las editoriales publican se convierte en un canon para los lectores, pues estos valoran sus libros en comparación con sus experiencias con otros títulos publicados. Debe añadirse que la imagen que de los niños y jóvenes muestren los libros, impactará en la construcción que de ellos se tenga en general a nivel social, así como en el imaginario de los autores acerca de sus personajes y lectores.

El siguiente evento que signaría la política cultural cubana, ya expresaría posturas directamente relacionadas con la literatura infantil. Cuando a la altura de 1971 se celebró el Congreso Nacional de Educación y Cultura, sus conclusiones dictaminarían una política cultural de términos marciales —«[e]l arte es un arma de la Revolución», «[u]n producto de la moral combativa de nuestro pueblo», «[u]n instrumento contra la penetración del enemigo»—, cuyas consecuencias atentaron contra la calidad de las obras producidas entonces, pues se les consideraba más por su potencial eficacia ideológica que por sus valores estéticos (Chaple, 2008).

<sup>2</sup> Para determinar los libros más representativos publicados desde 1959 hasta hoy, se acudió a la revisión en catálogos editoriales, antologías, monografías y criterio de expertos. Por cuestiones de espacio no se incluyen las listas de libros de cada década analizados en la presente investigación.

En particular, en lo atinente a la LIJ, los «Dictámenes y recomendaciones» del Congreso planteaban que debía propiciarse «un movimiento en la literatura cubana en relación con los campos infantil y juvenil. Ha de estimularse a nuestros escritores a escribir cuentos, relatos de nuestra historia y de nuestros héroes, teniendo presente los intereses de niños y adolescentes [...]» (Congreso Nacional de Educación y Cultura, 1971, p. 63).

Tal como afirma José Antonio Gutiérrez, esto causa un desarrollo artificial de la LIJ, pues quienes se promueven son aquellos autores en cuyas obras se hace obvia una correspondencia con los principios rectores de la ideología oficial (1989, p. 44). A la niñez y la juventud entonces se le veía como el potencial del hombre nuevo, descrito por el Che en su ensayo de 1965 *El socialismo y el hombre en Cuba*. Su papel asignado en el proyecto revolucionario quedaría definido con mayor exactitud en 1974, en el discurso de Fidel Castro conocido como «Hay que pensar en el futuro» (1974), que planteaba: «Alguien dijo que los niños nacían para ser felices. [...] Pero se nace también para luchar, se nace también para trabajar, para estudiar, para construir el futuro, para llevar la sociedad hacia adelante [...]»

Celebrado en 1972 con el auspicio del Ministerio de Educación, el Fórum sobre Literatura Infantil y Juvenil sirvió para precisar diversos aspectos teóricos sobre la LIJ e impulsó la actividad creadora (Rodríguez, 1996, p. 11). Sentó, además, las bases para la creación, en 1973, del Grupo Asesor Permanente de la Literatura Infantil y Juvenil, que se encargaría de coordinar el trabajo conjunto de los organismos relacionados con la producción de libros de texto y otros libros de lectura (Gutiérrez, 1989). No obstante, en el fórum también dio cabida a posturas dogmáticas sobre qué se debía enfatizar en el plano ideotemático, que incitaban a reforzar lo axiológico y lo didáctico, además de una visión absoluta o malinterpretada del «realismo» que desestimulaba, si no cerraba el paso, a la fantasía que no necesariamente priorizara una intencionalidad ético-política, fines sociales o devolver contenidos tomados de la propia cotidianidad. Esto último no debe sorprender por cuanto en el antagonismo ideológico de aquel mundo bipolar —en el cual Cuba se insertaba entre la hostilidad de los Estados Unidos y la fraternidad de la URSS y los países de Europa del este— se apuntaba al realismo socialista como el patrón más auténticamente correcto.

Mientras el Primer Congreso de Educación y Cultura propició el surgimiento del concurso «La Edad de Oro», a partir del Fórum sobre Literatura Infantil y Juvenil los principales certámenes literarios nacionales (Casa

de las Américas, UNEAC, 26 de julio, 13 de marzo) comenzaron a incluir a la LIJ entre sus categorías, lo que constituyó sin dudas un estímulo para una profusa creación literaria. Por su parte, el Consejo Nacional de Cultura y la Unión de Pioneros de Cuba, comenzaron a incentivar un fuerte movimiento artístico y editorial. Sin embargo, el espaldarazo estatal al libro infantil y juvenil no siempre implicó la premiación o la publicación de obras de calidad, sino que con frecuencia estimuló textos claramente moralizantes y didácticos (Rodríguez, 1996, pp. 11-12).

Los efectos de este Congreso, y, en general, los desaciertos dogmáticos de finales de los sesenta y principios de los setenta, resultan insoslayables en una lectura histórica de la cultura revolucionaria, no solo por su duración concreta sino además por su larga impronta de intolerancia, censura y, aún más extendidamente, autocensura. No obstante, una parte de estos efectos serían, en buena medida, coartados sobre todo a partir del Primer Congreso del Partido Comunista (1975), con reparaciones concretas en la política cultural. En este momento se afirma, grosso modo, que la cultura debe estar dirigida a la formación del hombre nuevo, y ser una conjugación de lo mejor de lo nacional y lo universal. Se plantea la necesidad de estudiar la tradición cultural cubana, así como resaltar valores patrióticos, nacionales, descolonizadores, y que las obras artísticas incorporen las transformaciones materiales y espirituales acaecidas en la sociedad. Mientras la Revolución se arroga el derecho a rechazar cualquier intento de utilizar el arte contra el socialismo, sus exigencias al arte se expresan en términos de sus presupuestos ideológicos marxistas-leninistas, y no hacen eco de prejuicios anti intelectuales o sobre la vida personal de los creadores (Chaple, 2008, pp. 8-9).

A finales de 1976 se crea el Ministerio de Cultura (MINCULT). Llamado a cumplimentar tesis y Resoluciones del Primer Congreso del Partido, se convierte en el órgano rector de la política cultural. A su abrigo se crearon organizaciones y movimientos de creadores, centros de estudio, instituciones para la investigación, estrategias de promoción nacional e internacional y de estimulación moral, etc. De esta manera se daba respuesta al interés de la Revolución por fortalecer las relaciones con artistas e intelectuales (Chaple, 2008, pp. 10-11). En este entorno —si en el propio 1967 se produjeron casi dieciséis millones de ejemplares de libros, cifra que continúa incrementándose en los años siguientes hasta llegar, incluso, a sobrepasar su duplo (Más, 2000, en Laguardia, 2008)—, la cantidad de títulos muestra asimismo la

tendencia al crecimiento y ya en la segunda mitad de los setenta llegan a producirse entre 1.000 y 1.500 al año, de los cuales alrededor del 50% tienen fines educacionales (Rodríguez, s/f, en Laguardia, 2008).

En cualquier caso, el complejo panorama cultural de los años setenta se trasluce, en el área de la LIJ, por ejemplo, en los resultados del estudio que sobre el cuento infantil cubano de ese momento acometiera la investigadora y profesora veneciana Marisa Bortolussi, quien dirige severas críticas —sobre todo en términos ideoes-téticos— a reconocidos libros de entonces, en tanto los considera altamente ideologizados y adoctrinadores en sentidos políticos. Una parte de sus observaciones se corresponden con los criterios de Salvador Redonet cuando apunta que en los primeros años de la década se aprecia en la NIJ una tendencia a la «diminutivización dominante», «lenguaje infantilista, pobre y no funcional», «un zoologismo desbordante e incongruente», ausencia de dinamismo en los personajes, «fantasía acartonada» e «imperdonables incongruencias situacionales y de caracterización» (1989, p. 21). Sin embargo, afirma también Redonet que ya en la segunda mitad de los setenta disminuye la frecuencia de aparición de estos rasgos en una parte de la LIJ y se advierte la intención de rescatar un verosímil universo poético y fantástico y la vitalidad imaginativa, así como se observa un desencartonamiento de los contextos y ambientaciones, que vienen ahora a desempeñar su función de entorno y motivación para los personajes (1989, pp. 21-24). Coherente con esta valoración, Gutiérrez afirma que en ese entonces se observan, en una parte de las obras, los presupuestos básicos para una LIJ que busca una especialización de su discurso en aras de una mejor comunicación con su lector, una consolidación estética y de su función social, la ruptura de marcos reduccionistas que constriñen a la LIJ como obra artística y la apertura a la influencia de la literatura para adultos, asumiendo esta última y a la LIJ como parte de un mismo proceso cultural (1989, p. 47). Ciertamente, debe enfatizarse que, incluso en los mismos años de la muestra de Bortolussi, se vieron nacer libros de cuentos excepcionales, así como excelente narrativa de mayor extensión.

Llama la atención cómo en este periodo, cuando la carencia material y la desigualdad social salen a colación, continúan haciéndolo como atributos de niños y niñas del pasado, y no será hasta la segunda década del siglo XXI que se refleje la existencia de estos fenómenos en los años sesenta y setenta. Las posibles causas para dicha regularidad en esa etapa pueden encontrarse en el origen o la continuidad de las numerosas medidas que

expresan la voluntad política revolucionaria de reducir la desigualdad y la pobreza. Con la Plataforma Programática del Partido Comunista de Cuba, en 1975, y una serie de documentos como la nueva Constitución de la República, de 1976, se formaliza una concepción integrada de política social que continúa promoviendo el desarrollo con la disolución de las condiciones fundamentales para la reproducción de la pobreza y la creación y ampliación de opciones de integración social en igualdad, con acento en la satisfacción de necesidades nutricionales básicas, la educación, la salud, la cultura, el deporte, la seguridad y la asistencia social (Espina, 2008).

El proyecto social logró grandes avances y eliminar fuentes de pobreza como las relaciones excluyentes de producción o el desamparo; aunque algunos especialistas, en análisis posteriores, opinan que la condición de Cuba como país pobre, periférico, junto a algunos errores en la implementación de las políticas, no lograrían dar un salto total (Espina, 2009, p. 98-99). En cualquier caso, de estos años no se tienen datos que permitan valorar la pobreza, cuyo abordaje es relativamente reciente en las ciencias sociales cubanas. Este no era un objeto frecuente en la investigación social en los países socialistas porque se daba por sentado que las transformaciones sociales emprendidas habían conducido a la desaparición de las situaciones de desventaja económica y social más graves: «Se creó un escenario subjetivo de optimismo social compartido, que indujo a la idea de la total desaparición de la pobreza y de que insistir desde las ciencias sociales en dicha problemática podía parecer un acto crítico excesivo o de mala fe» (Espina, 2008, pp. 97-98). De hecho en Cuba, con la publicación en 1983 del libro *La erradicación de la pobreza en Cuba*, de Rodríguez y Carriazo, el fenómeno se declara eliminado como problema social, lo que de cierto modo castra la posibilidad de avanzar en estudios sobre el tema (Espina, 2008, p. 98). El encomiable papel de la Revolución en la reducción de la pobreza y la desigualdad social, más la censura de lo que pareciera apartarse del proyecto —que convergieron en un discurso, en general, triunfalista— no propiciaban que la carencia y la desigualdad material emergieran en libros que abordaran su mismo presente.

En 1982, Fidel Castro lanza al MINCULT el reto de convertir a Cuba en una potencia cultural. Para asumirlo, la institución debió adoptar una estructura más flexible y operativa, crear y fortalecer un sistema de instituciones, funcionar con un sentido más integral de los procesos culturales, trabajar en la inserción de la cultura en las líneas de desarrollo del país, manejar fenómenos de nueva aparición como el surgimiento de una intelectualidad

en el seno de la clase obrera, etc. (Chaple, 2008). En este marco se celebraron eventos puntuales, se iniciaron otros de frecuencia regular y se fundaron instituciones que impactarían la literatura y, en particular, la LIJ<sup>3</sup>.

Los libros publicados en esta década recorren de lo histórico o lo costumbrista a la ficción. Los temas de la realidad se asumen con apego o con mayor desenfado. En contraste con el realismo, hay quienes recurren a la fantasía o el absurdo. Se incursiona en lo erótico en la literatura para jóvenes, la ciencia-ficción, el suspense, la fábula popular, lo folklórico. En esta producción debe destacarse la emergencia de líneas de creación nuevas en nuestra NIJ, como la novela policial cubana para niños o la divulgación científica a través de la ficción (Rodríguez, 1988).

A manera de resumen, como afirma Salvador Redonet, la NIJ en los años ochenta puede caracterizarse como un corpus de «(una mayor) variedad temática; y es evidente: la mayor preocupación de los autores por la textura verbal de su discurso narrativo, las búsquedas estructurales y de procedimientos expresivos» (Redonet, 1989, p. 25). El estilo llega a gozar ahora de mayor espontaneidad, tiende a ser más novedoso, puede encarnar una sutil ironía (Rodríguez, 1988, pp. 15-16).

Diversos especialistas coinciden en que a partir de los años noventa se produce un notable cambio en la LIJ cubana (Cabrera, 2008; Tornés, 2009, 2011). El escritor e investigador Luis Cabrera, quien asume la redacción de la sección correspondiente a la LIJ en el apéndice sobre los años noventa de la *Historia de la Literatura Cubana*, plantea que la producción literaria de esta década se distingue de la precedente por su variedad temática, estilística y formal (Cabrera, 2008).

El punto y aparte que determina cambios en todos los ámbitos de la vida cubana está dado entre finales de la década de los ochenta y comienzos de la del noventa por el colapso del campo socialista —con cuyos países la Isla había mantenido hasta entonces una complementación, especialización e integración productiva (Laguardia, 2008)— y el recrudecimiento del bloqueo económico impuesto por el gobierno de los Estados Unidos. Cuba se enfrenta, en consecuencia, a la mayor crisis económica de su historia, que se hizo llamar Periodo Especial.

Esta compleja situación lleva a implementar una reforma económica hacia un modelo de socialismo en

que el Estado mantiene el peso preponderante en la actividad económica, pero se abren espacios a otras formas de propiedad. Si de 1959 a 1989 puede hablarse de una desestratificación de la composición socioclasista —dada por la eliminación de las relaciones de explotación, la expansión de la propiedad estatal y las políticas sociales, que van debilitando las fronteras entre los estratos sociales, desapareciendo estratos y disminuyendo progresivamente las desigualdades— a partir de 1989 comienza una reestratificación como resultado de la crisis económica y el reajuste con que se le enfrenta. Con el surgimiento de nuevos actores económicos, de una llamada «economía emergente» en contraste con la «economía tradicional», la disminución del salario real, la diversificación de las fuentes de ingresos y la polarización de estos, se produce una ampliación de las distancias sociales en la disponibilidad económica y en las posibilidades para acceder al bienestar material y espiritual (Espina, 2008). Si bien no se produce una restauración de las relaciones de explotación ni de la propiedad privada en sentido extenso, la reforma implementada se traduce en una reestratificación, donde se amplía la pobreza como problema social, se expande la franja de población vulnerable y se observa una tendencia general al ensanchamiento de las desigualdades (Espina, 2008).

No obstante, y en coherencia con la reproducción simbólica e ideológica del proyecto social cubano, el diseño e implementación de medidas para la preservación y el perfeccionamiento de los mecanismos de inclusión y de atención a los derechos de los ciudadanos, alcanzan una prioridad semejante a la del restablecimiento económico. Se proponen, entonces, medidas orientadas a la compensación de las desigualdades originadas por el mercado (Espina, 2008; Rodríguez, 2011).

Ya desde 1989 se operaban nuevas modificaciones de la estructura del sistema institucional de la cultura a fin de transformar los mecanismos que frenaban la gestión cultural, etc., como parte del «Proceso de Rectificación de Errores y Tendencias Negativas» que buscaba combinar lo mejor del socialismo internacional con la experiencia autóctona. No obstante, este proceso fue afectado por el impacto de la crisis económica. En la industria editorial las limitaciones se tradujeron en términos de reducción de títulos y de cantidad de ejemplares impresos, y un significativo aumento en el precio de los libros. Pese a esto, en 1992 surge la Feria Internacional del Libro de La Habana en su concepción actual, y poco a poco llega a convertirse en el evento cultural más relevante del país. A pesar de las carencias y necesidades de recaudo, la producción de libros, aun con el aumento de precios, no dejó de ser

<sup>3</sup> Por razones de espacio, no se incluyen en este artículo las listas de instituciones y eventos que han apoyado la publicación de libros para niños y jóvenes en Cuba desde 1959.

subsidiada por el Estado y, mientras muchos bienes y servicios culturales pasaron a comercializarse en divisas, la venta de libros se mantuvo en moneda nacional. En todo momento se favorece la publicación de autores nacionales y la LIJ. Otras estrategias son la creación de los Fondos Territoriales, que comienzan a operar en cada provincia en 1994, de modo que se descentralizan en cierta medida la edición y la distribución de libros, y pasa a los Centros Provinciales del Libro la función de publicar y promover la literatura de la comunidad.

A partir de 1994 comienza a recuperarse la economía del país y, a pesar de la sensible afectación sufrida por el sector de la cultura, la industria del libro se mantiene priorizada en la recuperación de sus índices históricos de producción. Va aumentando la cantidad de títulos y ejemplares y se diversifican los catálogos con nuevos autores, tendencia que se mantiene hasta el presente (Laguardia, 2008). Surgen, también, en la segunda mitad de los noventa, instituciones y eventos que favorecen la LIJ.

En los años 2000 las políticas sociales y culturales de la Revolución experimentan un nuevo impulso. Hacia finales de 1999 e inicios del año 2000 tuvo su inicio la llamada “Batalla de ideas”, con un alto número de programas, adscritos a varias líneas de objetivos fundamentales, para alcanzar cambios positivos en la vida de los cubanos (Rodríguez, 2011). Se despliega, entonces, un reforzamiento de la política social con nuevo énfasis en el protagonismo de la dirección política y estatal; el rescate y la elevación de la calidad de los espacios de igualdad; y la asistencia focal e individualizada a los sectores en desventaja (Espina, 2008).

En esta nueva etapa las políticas de conservación del proyecto social pasan a retomar de manera proactiva el manejo de las desventajas sociales, combinando la atención asistencial a quienes no pueden superar de manera autónoma los obstáculos que plantea el mercado (en especial, ancianos y discapacitados) y la ampliación de estrategias preventivas (contra las cadenas de reproducción de las desventajas) relacionadas con la salud pública, la educación y la masificación del acceso a los bienes culturales. El criterio en esta nueva etapa es la articulación de la garantía de los derechos sociales, con el acrecentamiento del capital humano, considerado como la mayor ventaja para la inserción competitiva del país en el mercado internacional y como derrotero para el quiebre de las condiciones de generación de pobreza y desigualdad (Espina, 2008). El objetivo de alcanzar una «cultura general integral», y sobre todo entre los más jóvenes, se manifiesta en el sector del libro con la creación de diferentes proyectos, instituciones y eventos, así como

en una intensa actividad editorial donde las publicaciones para niños y jóvenes son particularmente favorecidas.

En todo este periodo, si bien se toman medidas que incrementan las posibilidades y los ingresos de trabajadores y pensionados —programa de alimentación subsidiada para personas de bajos ingresos, aumentos de las pensiones y de los salarios en general, ampliación de la capacidad de construcción de viviendas por mecanismos estatales y esfuerzo familiar— el impacto se ve limitado por los altos precios de productos esenciales, como los de la canasta básica. Mientras tanto, las mayores ventajas en lo económico son resultado de estrategias familiares que combinan el recibo de remesas, el salario estatal e ingresos provenientes del vínculo con la propiedad privada o la economía informal (Espina, 2008)<sup>4</sup>. En cualquier caso, las limitaciones económicas a todos los niveles se agravan con el impacto de la crisis económica internacional.

Si bien en la propia «Batalla de Ideas» se seguía otorgando gran protagonismo a los jóvenes como beneficiarios, pero también como artífices del proyecto, ciertamente desde finales de los noventa y en especial desde inicios del siglo XXI se va haciendo un poco más notable en determinadas esferas, entre ellas, la de la cultura, la impronta de la Convención de la Niñez y la Adolescencia en la construcción social de las jóvenes generaciones. En la LIJ se traduce en el reconocimiento de que niños y jóvenes tienen un lugar por sí mismos y no como adultos en formación. Se comprende más extensivamente, y de modo especial a nivel de políticas editoriales, que en la oferta cultural la capacidad para generar gozo y diversión es también un valor deseable, y se disemina una visión más horizontal y menos paternalista a la hora de enfrentar al público con los temas de la realidad.

La década de los ochenta había cerrado con libros, muy aislados, que incluían personajes, situaciones y cuestionamientos hasta entonces inéditos en la NIJ de la Revolución. Esto sería el inicio de lo que cuajaría más visiblemente, ya bien entrados los años noventa, como «una renovación encaminada a reflejar una realidad

<sup>4</sup> En 2011 el Estado cubano comienza a implementar una política de reorganización de su economía, con el fin de enfrentar las dificultades económicas en el país, acentuadas por la crisis mundial, y con la aspiración de consolidar un “socialismo próspero y sostenible”. Teniendo en cuenta que en Cuba el tiempo mínimo entre la presentación de un libro a una editorial y su salida de imprenta es de unos dos años, sería prematuro buscar en la NIJ publicada indicios de la implantación del llamado «nuevo modelo económico».

cambiante y no necesariamente idílica del ambiente del familiar y social en el que se desenvolvía el niño del momento» (Cabrera, 2008, p. 667).

De los últimos años del siglo XX en lo adelante, la carencia material y la desigualdad social comienzan progresivamente a emerger en la NIJ cubana asociadas al momento en curso, manifestándose con distintos grados de relevancia, sea como fenómenos en sí mismas, o como generadores de otras exclusiones.

Ciertamente, en los tiempos años se ha desatado en todo el mundo una proliferación de los llamados temas difíciles (algunos de ellos considerados tabú) que enfrentan al lector con las asperezas de la realidad. Muchos pueden agruparse bajo el común denominador de la exclusión; por ejemplo, la muerte (privación de la propia vida o de los seres queridos y, con ellos, su amparo y protección, etc.), la enfermedad (privación de salud), la discapacidad (privación de la posibilidad para acceder a lo deseado y de la paridad con los otros), la diversidad sexual (asociada con frecuencia a la privación de aceptación social), etc. A pesar de que la sostenida emergencia en la LIJ de la carencia y la desigualdad, en su relación con la exclusión, y como atributos de la contemporaneidad, es significativamente anterior a la referida tendencia mundial, puede decirse que hoy aparece con nuevas aristas. No obstante, teniendo en cuenta el limitadísimo acceso de los cubanos a la literatura extranjera<sup>5</sup>, no puede afirmarse que la frecuencia de aparición de la desigualdad y la carencia en la NIJ cubana sea una consecuencia directa de la tendencia internacional.

En cualquier caso, la NIJ cubana de finales de los años noventa hasta 2012 da cuenta de diferentes percepciones condicionadas por el género, la edad y la raza de los personajes y narradores que refieren o experimentan estos problemas. Se muestra el contrapunto entre carencias y desigualdades de dos naturalezas diferentes la material y la simbólica, donde se observa el alto lugar en que el proyecto social ha colocado a la educación y la cultura y el impacto que esto ha tenido en la subjetividad de los cubanos. La existencia y aplicación de políticas sociales llega a ser explícitamente referida en algunos textos. Se exponen claros ciclos de reproducción de la exclusión y el papel de agentes —entre los que se destaca la figura del maestro— favorecedores de su ruptura, aunque no

<sup>5</sup> Por limitaciones económicas, Cuba apenas importa libros y las editoriales cubanas no están en condiciones de pagar los derechos de autor para publicar obras extranjeras contemporáneas. El acceso a internet es muy reducido y el cubano medio tampoco tiene recursos para comprar libros digitales o físicos por esa vía.

necesariamente exitosos. Se reconoce la emigración como una estrategia para solucionar la carencia material, y se manifiesta en qué aspectos acarrea algún saldo de exclusión. En la mayoría de los libros se mencionan los mismos elementos que conforman los perfiles de pobreza definidos por las investigaciones sociales.

### **Modelo de la emergencia de la carencia material y la desigualdad social en la NIJ 1959-2012**

En el análisis que se reporta en el apartado anterior, es posible advertir el funcionamiento sostenido de un complejo entramado: aspectos políticos, económicos, culturales de los contextos internacional y nacional, en las peculiares condiciones de centralidad del Estado cubano, conforman un escenario en que, de acuerdo a los principios y metas estatales con respecto a la pobreza y la desigualdad social, se diseñan y aplican medidas económicas y sociales que impactan la situación social, lo cual se acompaña de un discurso; y todo esto influye en el imaginario social sobre dichos fenómenos. Al mismo tiempo, prevalecen en la sociedad una construcción general de la niñez y la juventud, una concepción de cuál debe ser el papel de estos grupos en el proyecto social, percepciones sobre cómo son el niño y el joven como lectores y cómo deben ser los personajes que los representen en la literatura. Lo anterior, en convergencia con el imaginario social sobre la carencia y la desigualdad, aflorará a la creación de narrativa infantil y juvenil con estos temas, creación que llegará a ser publicable en la medida en que logre atravesar los tamices de las políticas culturales y editoriales, y que una vez socializada incidirá al nivel del imaginario sobre niñez, juventud y literatura, así como sobre nuevas creaciones.

### **Referencias**

- Bourdieu, P. (1999). Une révolution conservatrice dans l'édition. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 126 (1), s/p.
- Bortolussi, M. (1990). *El cuento infantil cubano: Un estudio crítico*. Madrid: Editorial Pliegos.
- Cabrera, L. (2008). Panorama de la literatura para niños y jóvenes. En *Historia de la literatura cubana. Tomo III. La Revolución (1959-1988)* (p. 666-673). La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Chaple, S. (2008). Transformaciones en el proceso literario debidas al hecho revolucionario. En *Historia*

- de la literatura cubana. Tomo III. La Revolución (1959-1988)* (p. 5-39). La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Congreso de Nacional de Educación y Cultura. (1971). *Dictámenes y recomendaciones del I Congreso de Educación y Cultura* (Temario 5: Organización y Administración Escolar). Congreso de Nacional de Educación y Cultura, Cuba.
- Espina, M. (2008). *Políticas de atención a la pobreza y la desigualdad. Examinando el rol del Estado en la experiencia cubana*. Buenos Aires: CLACSO.
- González, W., y Pérez, E. (2008). La literatura para niños y jóvenes. En *Historia de la literatura cubana. Tomo III. La Revolución (1959-1988)* (p. 522-533). La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Gutiérrez, J. A. (Mayo, 1989). Primeras impresiones sobre los aportes generacionales, las tendencias y temáticas visibles en la poesía infantil de la revolución cubana. *En Julio como en Enero*, 8, 27-56.
- Laguardia, J. (Mayo-Diciembre, 2008). Producción editorial e industria cubana del libro, *Perfiles de la Cultura Cubana*, 2. Recuperado de [www.perfiles.cult.cu](http://www.perfiles.cult.cu)
- Laguardia, J., Morejón, E., y Ortega, D. (Enero-Abril, 2008). Consumo de libros y literatura en Cuba. Búsquedas, nociones y nuevas interrogantes. *Perfiles de la Cultura Cubana*, 1. Recuperado de [www.perfiles.cult.cu](http://www.perfiles.cult.cu)
- Padrón, S. (2007). *¿Nuevas formas de exclusión social en niños? Consumo cultural infantil y procesos de urbanización de la pobreza en la capital cubana. Informe de investigación* [versión digital]. La Habana: CIPS
- Redonet, S. (Mayo, 1989). Narrativa infantil(ista) e infanticida y la narrativa para niños y adolescentes en la literatura cubana. *En Julio como en Enero*, 8, 20-26.
- Rodríguez, A. O. (comp.) (1996). *Antología de la narrativa infantil cubana*. La Habana: Editorial Gente Nueva.
- Rodríguez, J. L. (2011). *Notas sobre economía cubana*. La Habana-Panamá: ICIC Juan Marinello-Ruth Casa Editorial.
- Rodríguez, G. (1985). *Sobre la historia del tropo poético*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Rodríguez, R. (2005). Génesis y Desarrollo del Instituto Cubano del Libro. Memoria y reflexión. *La Letra del Escriba*, 41. Recuperado de [www.cubaliteraria.cu](http://www.cubaliteraria.cu)
- Toirac, Y. (octubre-diciembre de 2012). Política cultural en la Cuba actual: apuntes para el debate. *Temas. Revista de Cultura, Ideología y Sociedad*, 72, 58-67.
- Tornés, E. (2009-2011). El cuento cubano entre 1980 y 2010, *Anuario LL. Estudios Literarios*, Instituto de Literatura y Lingüística, 40-42, 103-120.
- Zabala, M. C. (2010). *Familia y pobreza en Cuba. Estudios de caso*. La Habana, Cuba: Editorial Félix Varela.